ESPAÑA UNA

Organo de la Escuela Oficial de Periodismo

Año II — Madrid, lunes 18 de enero de 1943 — Núm. 4

Consejo de Redacción: Aznar, Aguarón, Polo, Iriarte, Vallina y San Martín

ZARAGOZA, CUNA DE LA TIPOGRAFIA ESPAÑOLA

ALLI HIZO BOTEL, EN EL AÑO 1473, LA PRIMERA IMPRESION DE UN LIBRO

«Les obres o troves a la Sacratissima Verge», obra que se ha tenido por la primera, vió la luz en la ciudad de Valencia en 1474

Es frecuente incurrir en el error vulgar de considerar a la imprenta y al periódico casi a la par, como una misma cosa, y, como consecuencia de ese error, caer en el otro de creer que tienen la misma paternidad o el mismo nacimiento; cuando la realidad es que éste aventaja a aquélla en muchos siglos de vida, pues, mientras vemos que la imprenta nace en la mitad del siglo XV, el periódico lo conocemos, en formas más o menos rudimentarias, desde las primeras sociedades constituídas; es decir, que es tan antiguo como la humanidad misma, lo que no debe sorprender si se tiene en cuenta que este instrumento de comunicación entre los hombres tendía ya entonces a satisfacer esa necesidad vital de conocer las noticias que se esperaban, si no con la avidez de hoy, si con curiosidad y anhelo. La imprenta fué para él una cosa circunstancial u ocasional, de la que se sirvió, como antes se había servido del correo y del comercio, y como después se serviría de la linotipia, la rotativa, el avión, la radio y el cine, y más tarde se servirá de la televisión, no sin que antes transcurriera cerca de siglo y medio en el que la imprenta y el periódico se rehuyen por causas que no son del caso mencionar aquí.

Establecimiento en Maguncia de la imprenta

Sin entrar en las polémicas que se han originado alrededor del inventor de la imprenta; sin tomar partido por si fué Gutemberg el que durante la evocadora y tradicional misa de «gallo» robó a Lorenzo Coster su invento, o si fué éste el que se aprovechó de la amistad de aquél, aceptemos el establecimiento en Maguncia, cuna de Gutemberg, en 1448, de la primera imprenta, y examinemos su llegada a España hacia el 1470 ó 71, periodo de tiempo no muy excesivo si se tiene en cuenta que su difusión fué muy lenta, debido, sobre todo, al gran secreto en que se quiso mantener el invento.

Hemos dejado sin precisar exactamente la fecha en que este gran invento, que tanto había de contribuir al progreso de la humanidad, tuvo su llegada a España, porque es éste un problema sobre el que han debatido plumas más doctas que la nuestra, sin llegar a ponerse de acuerdo, ya que las fuentes de información son escasas y las conjeturas y suposiciones muchas.

Versión rechazada sobre la prioridad de Barcelona en la introducción de la imprenta

Si múltiples han sido las hipótesis acerca de su introducción en España, no andan en menor número las enconadas luchas suscitadas entre diversas ciudades que se atribuyen la prioridad en su adopción. Tratemos de poner orden en las distintas opiniones que hay vertidas y contribuyamos con nuestro esfuerzo a dejar las cosas en su lugar, o, al menos, en el que debe corresponderles, de acuerdo con hechos comprobados, dejando a un lado todo aquello que, además de no ser más que mera suposición, está refutado por hechos o circunstancias más verosímiles que los que se han presentado como comprobación.

¿Es falsa la idea de que se debe a Barcelona la gloria de la primera impresión? Aquí se ha abundado en riqueza de detalles. Se cita el libro el «*Pro condentis orationibus*», obra del dramático Bartolomé Mates. Se señala al impresor Gherling, y se fija la fecha, en Barcelona, a 15 de octubre de 1468, que, de ser cierta, catalogaría la obra como el más antiguo libro impreso en España. Esta opinión ha tenido esforzados defensores y ha sido apoyada, sobre todo, por el canónigo D. Jaime Ripoll. Pero, con todo, queda desechada por merecer más crédito la acertada opinión del impresor de Valencia D. José Orga, que, defendiendo a Valencia, rebate con argumentos la pretensión de Barcelona, probando que Gherling no aparece como impresor en aquel tiempo y que no se le conoce como tal hasta el año 1494 en la ciudad de Braga. Opinión que, por otra parte, es discutible, pues otros autores aseguran que el citado impresor trabajó en Barcelona en los años 1488 y 89; como se ve, antes de su traslado a la ciudad de Braga.

Menos crédito se puede dar a la conjetura de que el primer libro fuese la «*Catena Aurea*», en Barcelona, 1471, el cual no se conserva ni consta que haya existido. Y salta a la vista que la especie de que en Castilla existiera ya la imprenta en 1452, como hay quien ha aventurado, apoyándose en el cronista Rodrigo Méndez de Silva, carece enteramente de fundamento.

Se imprime en Zaragoza, 1473, la "Etica" de Aristóteles

Descartadas todas las hipótesis, es de justicia conceder la gloria de la que se ha pretendido despojar, como la primera en registrar la impresión del primer libro, a la ciudad de Zaragoza.

Está documentalmente comprobado---nos dice el competente director de la Hemeroteca municipal de Madrid y gran autoridad en esta materia, Sr. Varela---, que la primera impresión producida en España vió la luz en la capital aragonesa, la más rica e interesante, tipográficamente hablando, de las capitales españolas del siglo XV. Se debe al impresor Enrique Botel, aunque el nombre del mismo no figure en la impresión; está realizada en el año 1473, y el libro es la "Etica" de Aristóteles, impresión descubierta en el Archivo de Protocolos de Zaragoza, cuyo prefacio, en caracteres redondos (los góticos fueron los frecuentemente usados entonces), lo expone D. Manuel Serrano Sanz en su libro "La imprenta en Zaragoza" (1915). En este mismo libro se inserta un documento manuscrito por Enrique Botel, Jorge von Holtz y Juan Planck, en Zaragoza, a 5 de enero de 1473, suscribiendo un contrato de Sociedad tipográfica por ellos compuesta, y que demuestra la existencia de la imprenta en aquella fecha.

ZARAGOZA VA A LA CABEZA DE LAS CIUDADES ESPAÑOLAS IMPRESORAS EN EL SIGLO XV

Además del prestigioso y gran historiador Sr. Serrano Sanz, abunda en pruebas sobre lo mismo el padre Lambert en el trabajo publicado en 1915 en la Revista de Archivos de Madrid, titulado "La imprenta en Zaragoza en 1473 al 85", y en el titulado "Notas sobre diversos incunables de Aragón, inéditos o poco conocidos", publicado en el Boletín Hispanique de París en 1910.

Actividad tipográfica de Zaragoza

Parece ser, por otra parte, que hacia el año 1471 vinieron a España algunos extranjeros vendiendo libros. Al año siguiente o al inmediato debió de montarse en Valencia una imprenta, y en 1474 se publicó en cuarto y sin nombre de impresor, aunque parece verosímil la suposición de que lo fuesen Lamberto Palmart y Alfonso Fernández de Córdoba, «**Les obres ó troves davall scrites les quals tracten de lahors de la Sacratissima Verge Maria**», compilación hecha por Bernardo Fenollar de las poesías de treinta y seis autores que trabajaron a certamen. Esta es la obra que se ha tenido por la primera, y cuya opinión todavía sostienen algunos. A ésta siguió otra obra mucho más importante por su volumen: un «**Comprehensorium**» o Diccionario, que se terminó el 23 de febrero de 1475; el «**Liber divinalis**», de Raimundo Lulio, terminado en el mismo año, y la «**Biblia**» valenciana, en 1478, y otras que siguieron en la misma capital y que no puntualizamos por exceder a la brevedad de este trabajo.

El «Manipulus Curatorum», segundo libro que se imprime en Zaragoza, debido a Mateo Flandro

Un poco más tarde que la primera obra señalada, pero antes que en Barcelona se publicase en el año 1475 «De epidemia et peste», del maestro Velasco de Taranta, traducida al catalán por Juan Villa (o de Vila), y antes que en Plasencia, en el mismo año, la «Biblia latina», anotamos en Zaragoza otros libros que sus prensas produjeron en aquel siglo y que atestiguan la actividad no común con que se cultivó en aquella época y población. Destaca entre ellos el «Manipulus curatorum», obra dedicada en Teruel el año 1333 a Raimundo, obispo de Valencia; está impresa el 15 de octubre de 1465 por Mateo Flandro, al que se puede admitir como el primer impresor no sólo de Zaragoza, sino de toda España, ya que las obras publicadas antes o al mismo tiempo en Zaragoza, Valencia y Barcelona, carecen de esa indicación, aunque se conozca cuáles eran a la sazón los tipógrafos que inauguraron el arte en esos pueblos. El citado libro es en folio menor, o más bien en cuarto mayor, con 106 folios dobles fuera de los del índice, sin portada, con letras capitales iluminadas a mano, abundancia de abreviaturas, tiraje poco esmerado y un pie de imprenta.

Este ejemplar es el que posee la Biblioteca Nacional de Madrid en su sección de incunables, siendo (según el Sr. Borao en su libro «La imprenta en Zaragoza») la obra más antigua de las españolas que custodia aquel establecimiento.

De este libro se hicieron ediciones en Barcelona, París, Venecia, Colonia y Amberes.

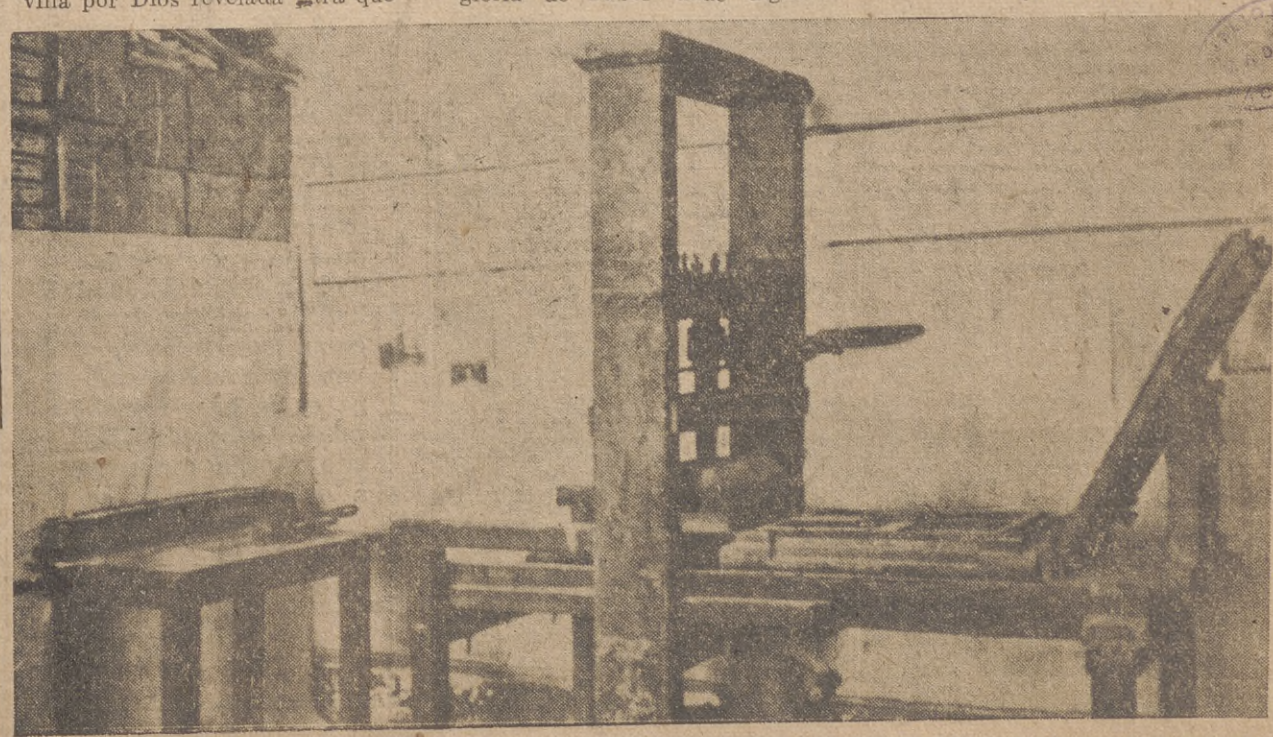
Las tres capitales del antiguo reino de Aragón las primeras en introducir la imprenta

En este siglo que nos ocupa se imprimieron, además, en Zaragoza más de veinte libros conocidos, y debieron de hacerse algunos más que no expresaron su lugar de impresión, cosa bastante usual en aquel tiempo, entre cuyos impresores destacaron los hermanos Pablo y Juan Hurus, de Constancia; el primero de los cuales contaba en su taller con la más variada y completa colección de tipos móviles de música tipográfica, y a quien se debe la impresión del misal «**Cesaraugustaus**», de 1498, a la que siguieron las de 1510, de belleza no igualada hasta ahora.

Buena prueba del desarrollo que en Zaragoza tomó la imprenta, esa invención que, como dijera elocuentemente Martínez de Ampiés, «parece una maravilla por Dios revelada para que aian lumbre los ciegos de la ignorancia», la tenemos en la dedicatoria que D. Andrés de Lí hace a los Reyes Católicos en su «**Tesoro de la Pasión**», con la indicación que dice: «**Ocurriome aquello que muchas veces habia ohido a Pablo Urus, alemán de Constancia, emprentador famossísimo en aquesta vuestra fidelissima ciudad; el cual estava maravillado cómo a sus manos hubiesen llegado libros y obras sin cuento para imprimir.**»

Reconocido el noble orgullo por el hecho histórico de que las tres primeras ciudades que en España aparecen como impresoras, sean cabalmente las tres capitales del antiguo reino de Aragón: Zaragoza, Valencia y Barcelona, distingamos el que corresponde a Zaragoza por la gloria de haber dado algunas ediciones príncipes y otras repetidas de la literatura general, además de la exclusiva de las obras aragonesas, que son muchísimas en número, de lo que se deduce que la capital de Aragón tiene más glorias que las militares, en general más conocidas. Comparte y aventaja a Valencia y Barcelona en la prioridad de la adopción de la imprenta; ostenta el primer impresor conocido en España, y produjo en gran número ediciones príncipes de las mejores novelas; rivalizó con las más aventajadas ciudades en la publicación de libros caballerescos y multiplicó con ahinco algunas ediciones de las mejores paesías.—**A. Daroca de Val.**

(Página confeccionada por DAROCA DE VAL)



Fotografía que conserva la Hemeroteca municipal de Madrid de la prensa de Guasp (Palma de Mallorca) y que ya se usó a finales del siglo XVI

HEMEROTECA MADRID NACIONAL

NAVIDAD EN RUSIA, DE NUESTROS VOLUNTARIOS

Diferentes aspectos de nuestros camaradas de la División Azul, que tan abnegadamente luchan en el frente del Este por una Europa mejor. El fotógrafo ha sorprendido a los heroicos divisionarios en algunos momentos difíciles. Ved la camaradería que les brindan esas enfermeras alemanas, después de haber celebrado la Nochebuena en el hospitar militar donde curan sus heridas, y una emocionante escena en la que el general del Cuerpo de Ejército alemán condecora a un voluntario español

—•—

(Página confeccionada por León - Tierno)

ALEGRIA Y DEVOCION DE UNA ROMERIA ANDALUZA

Grupos de parejas a caballo y vistiendo el traje típico regional, adornan la fiesta

FERVOR RELIGIOSO DE PALMA DEL RIO ANTE SU VIRGEN DE BELEN

Acompáñame, que no te pesará, lector amable, en esta mirada retrospectiva. Te adivino retrepado en el sillón del tibio ambiente cafeteril o acurrucado en la «mesa camilla» turrándote los pies y helándose tus espaldas. Voy a hablarte de calor y movimiento, de alegría y belleza, de ritmo y gracia. Eso te reconfortará, te hará olvidar la crudeza de estos días y no me reprocharás el atrevimiento de haber ocupado por un momento tu atención. Si te distraes, tanto mejor para ti, y yo habré conseguido mi propósito y me veré suficientemente pagado de mi trabajo.

Curiosa manera de anunciarla

Con los últimos días de agosto dan fin los festejos que con motivo de la feria anual celebra Palma del Río, bello y fértil pueblo andaluz que, a la riqueza folklórica de sus costumbres, sabe unir los gustos estéticos de fuera, que no rompen su tradición y que al quedar incorporados le dan prestancia de moderna urbe. Pero ese final de fiestas no llega acompañado de la nostálgica tristeza, tan común en estos casos. Es porque para el pueblo palmeño falta todavía lo mejor: la romería a su Virgen de Belén, que se celebra el domingo anterior al 8 de septiembre de cada año.

Es altamente curiosa la singular manera que tienen de invitar al vecindario para que acuda a ella, además, claro está, de la que en un sentido más severo hace un sacerdote desde el púlpito en días festivos anteriores a esa ceremonia religiosa. A nosotros, casuales y curiosos visitantes en esos días, no deja de sorprendernos el lenguaje y el lugar empleados para este anuncio, creyendo ver en él cierto sabor profano, error grave del que nos saca más tarde el amable y culto señor párroco de la localidad.

En el descanso de la proyección de una película cinematográfica en uno de los cines del pueblo, casi nos asusta, por no ser esperarla, una voz fuerte que transmite el altavoz al dar lectura a una cuartilla que al mismo tiempo se proyecta en la pantalla, y que, con más voluntad que acierto, viene a decir: «¡Palmeños! El domingo próximo se celebrará la tradicional romería de Nuestra Señora la Virgen de Belén, la más hermosa, la más gitana y la más buena de las Vírgenes. Es necesario que todos, siguiendo la católica costumbre de años anteriores, os trasladéis a la ermita, desde donde será traída a la parroquia. Se recuerda y se recomienda el uso de trajes típicos.»

No sería necesaria esta recomendación para que el día señalado el pueblo en masa acuda a rendir su respetuoso tributo a la Virgen, fecha que se aguarda con anhelo, fervor religioso y alegría; sentimientos que felizmente se saben compaginar en esta región elegida, rica, indolente, ligera y divertida.

Preparativos para la romería

Como decimos, el domimngo de la romería es tan ansiosamente esperado por todos cuanto laboriosa es la preparación de los atuendos que la romería requiere. Las mujeres juegan, repasan, miran y se prueban los trajes sevillanos, los palillos (castañuelas), zarcillos, peinetas y claveles que ese día han de lucir; los hombres contemplan, entre ufanos y complacidos, su chaquetilla corta y su sombrero cordobés. Acarician con frases y con palmadas al caballo que les permitirá lucir sus habilidades, y tienen un recuerdo encendido y delicado para la mujer, que al prestarse orgullosa para montar a la grupa, dará belleza y colorido al conjunto. Todos saben que hay un Jurado que concederá premios a las parejas mejor presentadas, y todos esperan sobresalir y merecer esa distinción, para lo que confían tanto en la belleza de su pareja como en el aire y garbo propios, sin olvidar tampoco la gallardía de su corcel.

El vecindario en la ermita

Llega el día señalado, que resulta fácil distinguirlo aún a los más profanos en estas lides. A una ligera actividad mañanera de la gente, que sale para la ermita, sucede la quietud y calma de un día en el que el pueblo queda casi vacío. Es de tradición que todos los vecinos vayan a acompañar a la Virgen, y son escasísimos los que por necesidades ineludibles se quedan sin cumplir con esto, que la costumbre ha convertido en obligación.

Cuentan que en tiempos no muy lejanos en los que las obligaciones eran menores, solamente quedaban en el pueblo los dos más ancianos, que hacían de guardianes y custodios mientras los demás se trasladaban a la ermita, distante varios kilómetros de la localidad.

Allí, en la ermita, todos se disputan el honor de sacarla hasta la carroza que la conducirá al pueblo, y es costumbre inmemorial que, vistos los nobles afanes de los devotos, se subaste este honor entre todos, y así se ven fuertes pujas por ganar un brazo de la peana en que es transportada hasta la carroza. Para llegar al pueblo hay que pasar el río sobre puente construido no ha mucho; y dícese que antes de que el puente estuviese levantado, y teniendo que cruzar el río con la Virgen a hombros, era éste un momento en el que la honra de pasarla suscitaba mayores afanes todavía que la de sacarla de la ermita.

La romería llega al pueblo

Ya bien vencida la tarde, los romeros se acercan a la población. Un empleado municipal va anunciando su proximidad con el disparo de cohetes. Llega la Virgen, que es esperada con fervor, respetuoso silencio, oraciones y algunas lágrimas de los ancianos, a los que sus achaques no han permitido ir a acompañarla. Entre nutrido, diverso y multicolor cortejo, la imagen recorre las principales calles del pueblo antes de ser depositada en la parroquia.

Las parejas premiadas embellecen el cortejo

Abren la marcha las inevitables oleadas de chiquillería, que, más que a la Virgen, rodean al alguacil que dispara los cohetes. Detrás llegan las parejas de caballistas en alegre mezcolanza con los atrevidos borriquillos de ligera andadura, montados por sus divertidos dueños. Las mujeres lucen ufanas los premios obtenidos en el concurso de parejas, y quedamos un poco sorprendidos al ver que no exhiben premio algunas caballistas que, montando soberbio alazán, van ricamente ataviadas con el aristocrático traje de amazona. También es D. Carlos, el párroco, el que luego nos saca de dudas. «Siguiendo la tradición—nos dice—, se exigen los trajes típicos del país para poder optar a premio. Por ello esas parejas, a pesar de reconocer su mérito y su belleza, quedan descartadas del concurso, lo mismo que algunas otras en las que el hombre, por diferentes circunstancias, no ha podido tocarse con el sombrero cordobés.»

No falta tampoco en esta policromada concurrencia la presencia del hombre que, con aire inglés, luce unos pantalones bombachos, una americana a cuadros y una visera. Su atuendo no será muy adecuado para montar a caballo, pero ha cumplido su gusto y su obligación. Una máquina fotográfica que lleva colgada en bandolera nos ahorra las preguntas sobre su condición.

Fervor religioso al paso de la Virgen

Siguen después varias carrozas artísticamente engalanadas, dentro de las que se apiñan las mujeres que no han podido ir a la grupa; van cantando canciones y sevillanas, de acuerdo con lo que requiere la fiesta. A continuación pasa la Virgen de Belén; a su paso se hace el silencio y brotan los murmullos de respeto y de admiración. Va envuelta en flores y ella envuelve con su protección a todo el pueblo palmeño. Las autoridades locales, tanto civiles como militares y eclesiásticas, la siguen y forman la presidencia del cortejo, así como antes fueron quienes constituyeron el Jurado para premiar a las mejores parejas. Y para final, el pueblo en masa, que la acompaña hasta la parroquia, donde se le hará la novena y permanecerá hasta el último domingo de octubre, que es trasladada de nuevo a la ermita. (Ha sido una excepción el que en octubre último no se haya verificado así por estar realizándose obras en la ermita.)

Antes de retirarse a casa, todavía van los caballistas al paseo de la feria, donde se exhiben en veloces galopadas, que, las mujeres que llevan a la grupa, las resisten con una seguridad que levanta nuestra admiración, y en las que ellos ponen a contribución sus buenas dotes de jinetes y de apostura.

El baile andaluz en las casetas de la Feria

Por la noche se celebra en las casetas el último y animado baile, al que asisten con los trajes que han llevado en la romería y con la misma alegría desbordada durante toda la jornada. Allí recogimos un momento que nos impresionó muy agradablemente. En un descanso del baile la orquesta inicia los compases de unas sevillanas, y, entre las curiosidad y expectación que ha despertado, se adelanta hasta el centro del espacio que el público deja para baile, una distinguida damita, que se dispone a dar comienzo a la airosa danza que ya la orquesta ha entonado. No falta el hombre galante que, aunque de vencida ya sus años mozos, todavía se siente con sangre joven y se brinda a acompañar a la decidida jovencita, que, si por sus años puede ser una niña, por su apostura, su cuerpo y su porte es una mujer. Y el baile andaluz, sugestivo, brillante, jaranero y garboso, se nos ofrece en una purísima gama de rítmicos y airosos movimientos. El público se entusiasma, jalea, toca palmas y palillos, y se entrega en encomiásticos gritos de alabanza. El bailador se retira, no tanto por cansancio como por mejor dejar lucir las posibilidades de ella; pero antes ha lanzado a los pies de la bailadora su sombrero de ala ancha en acción de homenaje y de reconocimiento de su derrota, y ella parece dedicar a ese sombrero los últimos y más delicados movimientos de su danza. Lo rodea, lo toca con los volantes de su gitano vestido, va y vuelve, pero sus ágiles pies nunca lo rozan al transmitir a su cuerpo, brazos y cabeza graciosas ondulaciones, que dan al baile el hechizo de algo encantador, que como oleada se transmite a la concurrencia.

NOVENA A LA VIRGEN Y VELADAS EN LA PLAZA

Es bien entrada la madrugada cuando la gente se retira del baile, y, aunque los festejos profanos casi se pueden dar ya por terminados, la gente no siente pena, porque le queda el recogimiento de los religiosos, que todavía se han de celebrar en días sucesivos. A la novena de la Virgen asiste diariamente todo el pueblo, pues no en balde a su Cofradía pertenece la casi totalidad de las familias, y de éstas, todos sus miembros. El día 8, festividad de la Virgen, se manifiesta plenamente el sentimiento religioso del pueblo, bien reflejado en el sagrario, pues se dan más comuniones que en el resto del año litúrgico.

Es de interés también señalar la originalidad que esta Cofradía tiene de elegir sus Juntas mayores. Se les denomina «mandato de los seis», por ser seis los cofrades que la componen, que se van sucediendo uno cada año en el cargo de Hermano Mayor, hasta consumir su mandato, al cabo, claro está, de seis años.

Se cierra este singular ciclo de festejos religiosos y profanos, con dos veladas, que se celebran en la plaza del Ayuntamiento, y que éste costea y ofrece a sus vecinos, que en ellas disfrutan de música, chucherías, tómbolas y jolgorio.

ALEJANDRO DAROCA DE VAL

RONDA, RINCON DE POESIA

Encaramada sobre el huraño peñascal de la serranía, atalaya un tiempo del Reino de Abdallah se yergue Ronda señorial y altiva.

Separados por los siglos, pero unidos por un puente—arteria que llevara la sangre viva del constante renacer—aparecen sus dos barrios: árabe el uno, con sus retorcidas calles y angostos pasadizos; moderno el otro, llamado «El Mercadillo», porque en él los traficantes de antaño estacionaron sus cobertizos, que más tarde se convirtieron en espléndidos comercios.

En el centro de la ciudad y partiéndola en dos se encuentra «El tajo»: imponente precipio, al borde de cuyas rocas, asomadas y atraídas por la estridente sinfonía de la cascada del río, hay una hilera de casitas—blancas palomas en imposibles nidos, que guardan el eterno vivir de pasadas historias, acaecidas allá junto a las peñas, en el negro perderse del profundo abismo—. «¡El tajo!» Paisaje tranquilo, reposado, señorial, formado por la inmensa mole de sus gigantes de piedra, donde sólo habita el águila y donde anida la corneja. Paisaje sombrío sobre el cual se destacan las piedras pardas del Puente Nuevo.

Allí, al otro lado, sus verdes campos sembrados de huertas y salpicado de molinos, y al fondo, serpeando entre las piedras, el Guadalevin, que se aleja arrastrando su torcida corriente hasta perderse en el horizonte.

En la orilla, sentado a la sombra fresca de un milenario álamo, mientras contemplo a la ciudad reflejada en sus aguas no he podido sustraerme al recuerdo de la leyenda de los tristes amores de la hermosa Aixa.

¡Ronda! Yo he vivido el dulce encanto de tu mágica belleza, y he contemplado tu faz en las noches del estío, cuando la luna de plata, dueña ya del firmamento, cortejada de luceros sale a mirarse en tus charcas.

El silencio va caminando por sus empinadas callejas, cortado tan sólo por el dulce lamento de una guitarra, el suave repicar en la puerta de un viejo caserón, y el lejano ladrido de los perros que el viento nos trae con el aroma del romero.

R. SANCHEZ GOMEZ

RUMBO A CACERES, «SUFRIENDO» UN VIAJE Y «GOZANDO» UNA VACACION

Las rosquillas de Fuenlabrada han adelgazado y padecen anemia grave

En el tren nos cuentan cosas de Mary Carrillo y la Ufilms

Es poco tempranera esta gente de Madrid. El mismo tranvía que dos horas más tarde va a crujir bajo el peso de los asaltantes rompe ahora ligero la nieblecilla de Atocha; apenas han traspuesto siete campanadas de un reloj en el Pacífico, gime el trole su tonillo en «crescendo» hacia Legazpi, espoleando el sueño ahorrado de los madrugadores y el frío metido en los huesos de los traperos. Los discos luminosos avanzan desde el fondo de la avenida en dirección contraria como gaviotas que hunden su albura en la noche que se va: acercándome, se agrandan y desaparecen en este mar oscuro.

Hombres de caras lacias, bufanda al cuello y trajes raídos de trabajo cabecean sentados frente a frente; mujeres que dibujan, al salir, siluetas encogidas, y mañaneros, de cuyas bocas salen humo y vahos que se congelan.

Una parada y allá sigue su rumbo la mole del 45, quedándome al borde en la calle, que engulle, difuminando con borrones negros, el amarillo del tranvía.

EN LA ESTACION

La estación de las Delicias, vitrina gigante de cristales y acero, recorta el reflejo de su iluminación sobre una penumbra mate. Bullen dentro las colas de viajeros al pie de las taquillas.

Un mozo ha ido a sacar mi billete y entre tanto he sido testigo de este cuadro de figuras impacientes y de colorido tan vario: soldados bullangueros con permiso, oficinistas y provincianos que acuden a sus casas para la reunión familiar del año, mujeres toledanas cargadas con cestas y paquetes, rústicos extremeños de atuendo pueblerino y alforjas roji-azuladas; todos en algarabía ininteligible, apretándose en fila para llegar a tiempo en su turno, para poder tomar este tren que sale de Madrid a las ocho de la mañana.

Luego que un empleado del Oeste visa el pasaje en la puerta de acceso a los andenes, acomodo mi equipaje y ocupo el último sillón vacante en un departamento de primera.

Frente al vagón, el puestecillo clásico de libros nos recuerda las novelas para viajes, y aunque no comparto la opinión de Marquerie en cuanto a catalogar a «priori» la literatura para el reposo o para el movimiento, hubiese querido salir a curiosear en el quiosco de enfrente. Pero el tren se va llenando demasiado y el reglamento de Ferrocarriles no autoriza en las estaciones de partida para dejar prenda de ocupación en el asiento; he preferido no moverme de mi sitio. El siseo de las locomotoras rompe su eco en lo alto del hangar. Braman de vez en cuando las máquinas que parten; unos puestecillos sobre ruedas brindan a los viajeros café caliente y almohadillas de viaje. Escurriéndose entre el racimo humano de los pasillos del vagón un arrapiezo va gritando a media voz los periódicos de la mañana y el recibimiento en España al general Muñoz Grandes.

LA MARCHA

Suenan tres timbrazos en el recinto de las vías; resopla la locomotora su canción de partida y luego sale en marcha el reptil rechinante, quedando atrás, todavía somnolienta y con pereza fría, la gran ciudad sembrada de lamparillas y luces de color esfumándose en el amanecer levantino.

Vigila yerto el Manzanares, que nos da su último adiós. Nuestro departamento, bien templado por la calefacción, y las primeras luces del alborear, comienzan a romper el oscuro.

Al borde de la ventanilla, marco de esta película que va a empezar con el día, vivo unos momentos mi silencio, abarcando horizonte hacia el Oeste, caminos de Portugal. Avanzamos por la ruta del Tajo y allá lejos, columbrándose, los cuarteles de Leganés jalonan el camino hacia Griñón.

EL SEÑOR DEL SUEÑO

Mis cinco compañeros de viaje son bien distintos: cuatro, fácilmente identificables desde el primer momento, porque en el umbral de la Nochebuena dos de ellos, de porte colegial, no podrían ser más que hijos de los otros dos, que vinieron a recogerlos al colegio-residencia del Generalísimo. El quinto, uno de esos señores indescifrables, impertubables e impasibles, que reservan su voz hasta el crítico momento del condumio —filetes y tortilla—para ofrecer en tono tragicómico un «¿Ustedes gustan?» Contra él se han estrellado todos los resortes de nuestra curiosidad y todas las iniciativas de asuntos varios para sacarle de su mutismo, que terminó en sueño. Entre los cincuenta y sesenta años, corto de piernas y abultado de vientre, mofletes bien nutridos y rellenos, atildado en el vestir y no tanto en el dormir; profundo y acompañado de sendos ronquidos...

AÑORANZAS NAVIDEÑAS

Han reído los dos chiquillos ingenuamente del concierto sordo y áspero, y como yo les acompañase con discreción en su diablura, los papás, halagados, han roto en diálogo, mientras uno de ellos me ofrecía de un paquetillo de Kamel.

Y si el fumar es vicio o virtud, en otros tiempos de abundancia y en éstos de racionamiento, nos hemos ido descubriendo mutuamente estos extremeños de Plasencia y yo, mientras sigue la máquina engullendo acero y las nubes de su humo van diseñando sobre el cielo pálido cabalgatas que se nos antojan ahora de fantasmas en fuga y luego de Reyes orientales que vuelven de nuevo. Hemos hablado de mis años de colegio, rememorando aquella esencia de las vacaciones de Navidad, enviciando el ensueño de estos dos muchachos y de estos dos papás.

Los vendedores de rosquillas de Fuenlabrada han traído sobre el tapete un tema nuevo para la conversación, cuando una docena de estos dulces, tan reducidos y tan duros, nos traen a la memoria aquellas rosquillas de «verdad». Y es que el espíritu del lucro va mucho más lejos que el del crédito y la dignidad.

La torre de Illescas quedó bien atrás y zumbó el convoy, acompasando nuestra charla, entre Villaluenga y su fábrica de cementos, partiendo el asfalto de la carretera en Cabañas para enlazar en Bargas con los coches destartalados de Toledo.

UN GERENTE DE CINE

A poco de salir de la estación de Torrijos, el revisor—gorra galonada en plata como su cabeza—ha picado nuestros billetes. Y el señor de los ronquidos ha tenido que interrumpir su idilio porque llevaba pasaporte en segunda y a pretexto de que no había plaza cuando salimos de Madrid se había colocado aquí. Tiene que cambiarse de clase y creo que nos hemos alegrado. Su vacante es ocupada por otro señor, abierto de carácter, de expresión simpática y de trato afable. Supe después que habló de sus correrías, que era el gerente de la Ulargui Film, Francisco Sepúlveda, con el que entablo animado diálogo, interesado por mi parte en saber algo nuevo de cine. Y ya puedo adelantar que Mary Carrillo rueda en la actualidad en los estudios de la Ufilms «Locura de amor»; que Miguel Ligero—el de «Pepe Conde»—cobra el pobrecito 19.000 pesetas mensuales en contrato con esta casa; que los conceptos de beneficio y arte son bastante difíciles de compaginar; que el carguito de jefe de producción debiera sonar algo más de lo que suena y no reservar exclusivamente los laureles para los luceros que actúan directamente, y... que si el lector quisiera saber más novedades visite al señor Sepúlveda en aquella casita de la calle de Antonio Maura, que me ofreció, despidiéndose en el andén de Talavera, donde hizo escala.

DE TALAVERA AL TIETAR

Diez minutos de fonda, un «Señores viajeros, al tren», dos campanadas y vuelta al escenario anterior.

La ermita de Nuestra Señora del Prado alza en lontananza su cúpula. Atraviesa el tren la huerta talaverana, salpicada de casas blancas y racimos dorados de maíz; bailan las norias su agua al compás del cencerro de los mulos, que dan vuelta alrededor de cada pozo. A la izquierda las torres de Talavera van perdiéndose y pronto vemos lejos «este rincón de España, la postrera de las tierras hacia donde el sol se pone», que dijera su hijo Mariana. Las barrancas del Tajo, arreboladas por el mediodía, se pierden al fondo en azul y añil.

Ha decaído el diálogo a la hora de la digestión. Contando los postes telegráficos, que pasan rozando rápidos en sentido inverso, ha ido haciendo sus paradas el tren, jadeante y húmedo.

Los castillos de Oropesa, cual centinelas gigantes frente a Gredos, vigilan las llanuras del Tiétar, prolongadas hacia Guadalupe y las Villuercas. Bien cerca, Lagartera quedó orillada entre sus olivos y sus cercas, colorines en los trajes y faldas y leyenda en sus casucas.

Luego, tal vez, he soñado algo cuando dormían mis compañeros de viaje en el departamento, suavemente mecido en los raíles y en baño de sol templado. Extremadura nos acaricia a media tarde, envuelta en prosa ancha, grave como sus cerros y sus vaguadas. Y hasta Cañaveral—la industriosa cacereña—he seguido mi dormir.

LLEGADA

El sueño no lo recuerdo; tal vez haya bordado mi ilusión sobre el telar del tiempo figuras pastoriles, villancicos y panderos, o quizá una película de viaje sobre el marco de una ventanilla...

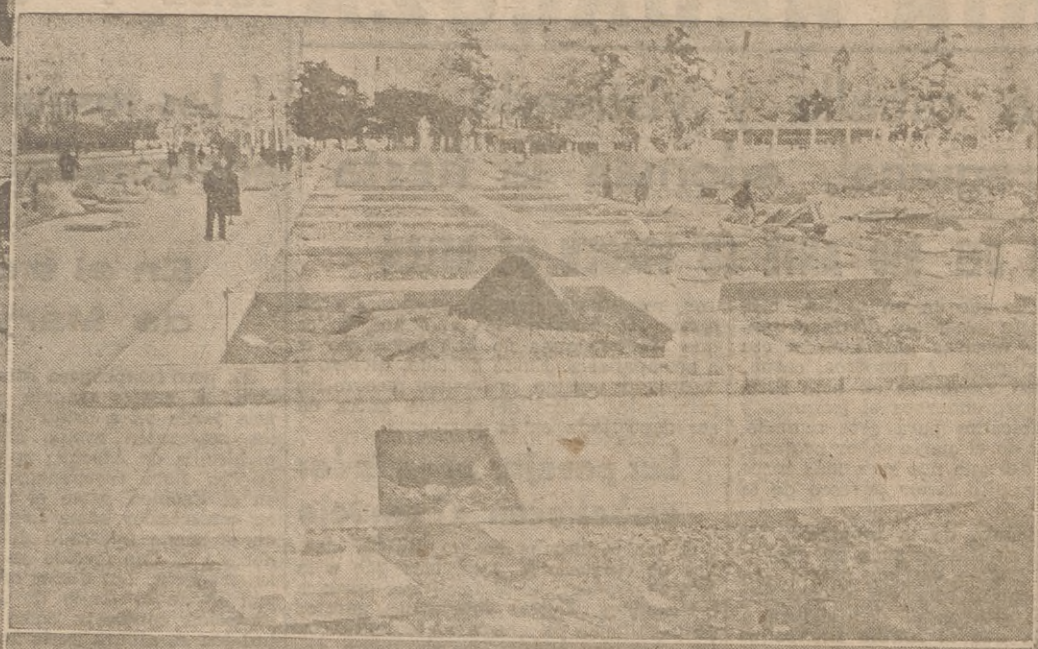
Mis compañeros se habían ido hacia Plasencia y desde Empalme a Cáceres he ido sólo deleitando la vista perezosa en un paisaje débil de color y mascullando al subir la última depresión del Tajo el calor de un hogar de Navidad.

Y el río sigue hacia el Oeste buscando tierras de frontera en tanto que el tren, avaro al final junto a la meta, corre alegre cantando triunfos de la ilusión...

Diciembre de 1942.—**R. Pazos.**

(Página confeccionada por DAROCA DE VAL)

La Plaza de Oriente en obras



Bajo la dirección técnica de D. Mariano Muñoz Monasterio, arquitecto jefe de la sección de Urbanismo de nuestro Ayuntamiento, y a las órdenes directas de D. José Navarrete Samper, arquitecto municipal, se está llevando a cabo en la plaza de Oriente una importante reforma para darle a la misma la majestuosidad y grandeza que por su rango le corresponde, y de las que hasta ahora ha carecido.

La superficie ha sido rebajada un metro aproximadamente, y sobre ella se está construyendo la nueva plaza, que perderá su forma elipsoidal, sustituída por un amplio rectángulo.

El pavimento lo llevará de losa, adornado con pequeños jardinillos de tipo francés, y el nuevo saneamiento tendrá sus correspondientes atarjeas de hormigón y los sumideros y rasantes necesarios para la recogida de aguas, tanto de la calzada como del platillo de la plaza.

Los reyes que lo adornan serán trasladados de lugar, e irán en grupo de a dos, y por orden cronógico de la época en que reinaron, a cada lado del rectángulo que se forme, en cuyo centro, y en el mismo lugar que hoy ocupa, pero circundada por un hermoso estanque, seguirá erguida la estatua ecuestre de Felipe IV.

Cerrará el contorno de la plaza una serie de pilaretes enlazados por gruesas cadenas, que impedirán pueda sufrir algún deterioro con el paso de peatones y carruajes.

Restauran los grupos de estatuas, colocados ya en sus nuevos embasamientos, los escultores primeras medallas Sres. De Cristóbal y Labiaba, que son los que tienen adjudicado el concurso.

Los trabajos están en pleno desarrollo y serán llevados a feliz término en un plazo no lejano, en el que Madrid verá realzada su belleza con esta nueva plaza, testigo silencioso de intrigas y vaivenes políticos de una época ya pasada.

(Página confeccionada por SANCHEZ GOMEZ)

EN EL ESTRADO DE LA FORTUNA VIENDO SALIR EL «GORDO» PARA GRANADA

La tradicional «cola», que en años anteriores se formaba con varios días de anticipación, lleva camino de desaparecer

PRELUDIO

Un impulso que podemos considerar, sin duda, codicioso y apremiante, acrecentado por la avidez insatisfecha de la impaciencia, nos mueve a encaminar nuestros pasos hacia el edificio donde se halla instalada la Administración de la Lotería Nacional. Apenas los primeros albores, algo confusos e indefinidos, de las mañanas de diciembre, despuntan en la del día 22, y ya un buen número de personas se dispone a hacer su entrada en el edificio. Unos, deseosos de estar presentes en el sensacional fallo; otros, por conveniencia a sus fines económicos directos, y, finalmente, unos terceros por efectos de la profesió, que en conclusión es también una necesidad, o bien por mero deseo curioso. Una vez en el interior del edificio, bajo el hábil artesonado de una espaciosa sala, buscamos un lugar entre el conjunto de bancos que nos brindan asiento.

Como repetidas veces he oído hablar de la tradicional «cola» que se forma ante la puerta de la Administración de Loterías, mi atención se ha dirigido durante unos segundos ante la fila de pacientes personas que aguardaban el turno de entrada, o lo que les es más necesario, es decir, que alguien les solicite el puesto previa cotización de unas cuantas pesetas, que antaño fueron más que suficiente para pasar bien el día. Se nota claramente que el público se halla cada vez más retraído, más deseoso de hacer economías, y también más cómodo. Bien sea, en efecto, por comprender que enterarse más o menos temprano de si le ha correspondido un premio o que ha sucedido lo contrario, es cosa que en nada altera la decisión de la Fortuna, o bien sea debido a los adelantos modernos, que permiten recoger con todo detalle los momentos en que se verifica el sorteo, la conclusión viene a dilucidar que poca animación da vida ya a la tradicional «cola» que desde mucho tiempo se constituye en la puerta de la sede de la Fortuna, y que en ocasiones, ya casi perdidas en la memoria, comenzaban a formarse con varios días de anticipación. Los precios que por un puesto se cotizaban eran entonces, no sólo por las circunstancias sino por lo elevados causa de asombro en muchos casos por parte de aquellos que se encontraban en situación de no disponer de tales cantidades de dinero.

ANDANTE

Bajo la típica y geométrica apariencia de un voluminoso esferoide, la Fortuna está ante nosotros, orgullosa de haber podido atraerse a tan buen número de súbditos y, al mismo tiempo, indecisa por no saber hacia quien dirigir su ansiada voluntad, que ha de alegrar tantos corazones — más bien diríamos dar realidad a tantas aspiraciones—, o causar tan elevado número de desilusiones.

Persiste aún en mis oídos, como un constante aunque lejano clangor, las palabras en las que la imaginación plasma de la manera más amplia y convincente una de sus muchas series de creaciones. Al aproximarse este tradicional sorteo de Navidad, la persona que quiere remediar su estado actual, no por un cambio brusco como el de pasar de la pobreza a la más extremada opulencia, sino, sencillamente de a mediocridad a la despreocupación económica, busca en la lotería una de las probabilidades con que conseguir sus proyectos. Esa persona que, como digo, cifra, particularmente, en el sorteo de Navidad su esperanza de poder lograr otro medio más confortable y despreocupador de vivir, forja entretanto una serie de combinaciones, producto de la imaginación que llegan a adquirir un valor sustancial en el poderío imaginativo de la persona en cuestión. ¿Quién, en efecto, no ha foriado en los días precedentes del 22 de diciembre sus proyectos, nunca faltos del maravilloso alarde de esquisitez y elegancia? Y ¿a quién no le ha sido hecha esa pregunta que con ciertos atisbos de indiscreción ha originado en sí un fino sentido de humorismo?: «¿Qué piensa usted hacer si le tocase el "gordo"?» «Pues, sencillamente..., me compraría un autogiro y pondría en la azotea de mi casa una pista para que pudiese aterrizar. De esta manera podría ir de un lugar a otro sin tener que sufrir empujones, codazos y apreturas» es siempre la respuesta. Mas, a pesar de todo, y bajo esa grata apariencia de la respuesta humorística, cualquier persona encierra en su fondo íntimo elevadas y magníficas ilusiones que podrían darle una inmensa satisfacción con su realidad si la Fortuna no jugara tanto con los ambiciosos humanos, ávidos de suerte venturosa.

Los murmullos que llenan los ámbitos de la estancia van perdiéndose lentamente hasta hacerse el mas profundo silencio. Ante un dispositivo que forman las bolas de los premios convenientemente ordenadas, y que presenta una forma cilíndrica, dos señores se encargan de dar a conocer al público oralmente los detalles preliminares del sorteo. Para que nadie pueda quedar con la duda de si el número que juega se encuentra entre aquel enjambre de ellos, puede, en efecto, comprobarse esto personalmente si existe alguien que así lo crea oportuno. Como nunca falta el eterno desconfiado, o simplemente el que no desea dejar llano el camino a los que han de hacer los preparativos del sorteo, un señor se alza de entre la multitud y solicita comprobar si el número 14400 se encuentra allí. Es satisfecho en su deseo y, tras esta pequeña interrupción, prosigue la labor preliminar del sorteo.

INTERMEDIO

Todos los números, bajo el aspecto de diminutas bolas, son seguidamente arrojados en un singular recipiente. Después dos señores con sendos instrumentos revuelven incesantemente todas las bolas. Ahora éstas, en número de cuarenta y cinco mil, por un procedimiento mecánico y eléctrico, son elevadas hasta caer en el enorme bombo; esta operación dura tan largo tiempo, que se hace un tanto pesada y molesta, más aún puesto que se deja oír al mismo tiempo el ruido del tubo por el cual ascienden las bolas en su continuo girar en torno a sí.

Cuando las bolas de los números han ingresado en la esfera metálica se toman las bolas de los premios para hacer con ellos idéntica operación a la anterior. Son cerca de 2.000, por lo que esta vez la operación dura pocos minutos. La bola de los 15.000.000 es llevada por un empleado cogida con los dedos. El público siente un estremecimiento de emoción. ¿A quién le tocará esa «bolita» tan grande? En todas las mentes surge esta pregunta como expresión de la ansiedad reinante en todos los espíritus. Ya han concluído todos los preparativos. Varios muchachos, encargados de efectuar el sorteo, salen a la estancia y...

Las primeras bolas se deslizan desde el extremo inferior de los bombos hasta ir a las manos de los muchachos que las han de cantar. A partir de este momento, tras el consiguiente ruido sonoro que produce la bola al salir del recinto esferoide, las voces de los muchachos llenan la sala. Toda la atención está puesta en los dos chicos, esperando que en una de las operaciones el número deseado salga acompañado del premio mayor, sí, el mayor, porque si saliese otro no quedaríamos del todo conformes. Muchas señoras y caballeros sostienen en sus manos listas donde hay anotados unos cuantos números; los de los amigos, de los vecinos, ya que en casi todos ellos juega, aunque sea la ínfima cantidad, el aficionado a la Lotería. Siguen saliendo números premiados con 10.000 pesetas, y sigue también con la misma intensidad o más, si cabe, la ansiedad por ver, mejor dicho, por escuchar de labios de los muchachos, el número y el premio que ha de hacernos vibrar en toda nuestra íntima anatomía.

Por fin sale uno destacado. Los muchachos, llevando en sus manos las bolas y cantando al mismo tiempo el número y el premio con el característico estribillo, se adelantan hacia la mesa del presidente para que éste compruebe la veracidad de sus palabras sonoras. ¡Ciento cincuenta mil pesetas para el número 6.209! ¡Buena suerte! Mas no, eso no causa sensación. ¡El «gordo» es el único que puede aplastarnos con su caída! Vuelven a llenar la estancia el cántico de más números y salen también más premios mayores sin importancia (¡con qué desdén lo digo!).

ADAGIO

De repente sale uno que nos pone en tensión: ¡un millón de pesetas! ¿Para quién? El 38.004 es el agraciado. No nos interesa, ¡naturalmente!, puesto que a nadie de la sala ha correspondido, ni siquiera rozado. Continúa la llu via de premios, incesante, inquietante, y sigue con interés la expectación, porque nadie verá colmados sus deseos hasta la llegada de una gran alegría o una gran desilusión con la salida del esperado «gordo».

¡¡9.029!!..., ¡¡15 millones de pesetas!!; ¡¡9.029!!..., ¡¡15 millones de pesetas; ¡¡9.029!!..., ¡¡15 millones de pesetas!! Las voces de los muchachos son ahogadas por el murmullo del público en sus exclamaciones y comentarios. Durante unos segundos la sala está inundada de rumor vibrante, que acaba últimamente por esfumarse entre expresiones de indiferencia y desagrado. Con este apoteosis se acabó súbita y totalmente el interés y la impaciencia.

Aunque quedan premios bastante dignos, pocos son ya, sin embargo, los que siente emoción. Algunos señores, más acerbos que los restantes, creen haber perdido toda esperanza de conseguir un premio y abandonan el local disgustados. Parece como si al no tocarles el «gordo» lo restante nada importa.

Son las once menos minutos, y apenas transcurrido otro más cuando de nuevo otro respetable «gordo» sale a nuestros oídos con el sonoro ¡tres millones de pesetas!, que al igual que el «gordo» mayor nos deja sin saludarnos atentamente, marchando fuera de la capital de España.

ALEGRO

Los dos muchachos que mejor cantaron las bolitas y que permanecieron más serenos en el transcurso de la operación han sido quienes sacaron la bolita que «aplastó» con la rebombante cantidad de 15 millonciitos de pesetas. El sorteo mientras tanto sigue su curso. Vienen más premios, entre los que se halla el segundo. Mas ya todo transcurre sin interés ni emoción, pues aunque a la desilusión de la salida del «gordo», sin haber agraciado a ninguno de los presentes, siguen las consoladoras palabras de «¡Qué se va a hacer!», «¡Otro año será!», a pesar de esto, digo, un cierto malestar se ha apoderado de casi todos.

A las doce menos algunos segundos la bola final de los premios pone fin a este sorteo, no sin hacer antes una rectificación a causa de un pequeño incidente de índole verbal. Por ello, nos disponemos a abandonar la presencia de la Fortuna, un poco disgustados con ella por no haber tenido la atención que efectivamente se merecía con este Madrid de los eternos sincronizadores. ¡Pobres madrileños! Ahora que... desgraciado en el juego, afortunado en amores. Y así Madrid es y será siempre la ciudad alegre y bulliciosa que ofrecerá siempre el ejemplo de su constancia y en la cual se disfruta en los días rudos de diciembre de un sol invernal y de un cielo nítido y suave; sin embargo, hace algo de frío, sí, porque el calor de unas cuantas pesetitas se ha esfumado ante nuestra misma presencia.

Madrid 22 de diciembre de 1942.—**Pedro Rodrigo Martínez.**

LAS MURALLAS DE AVILA se hicieron en nueve años

Trabajaron en ellas más de 1.200 obreros

Tiene 88 torres almenadas y mide su perímetro nueve mil setenta y cinco pies

La perspectiva de Avila es de una belleza extraordinaria. Frente a la meseta ondulada de Castilla, las murallas, severas, que semejan haber nacido del terreno, las torres de sus iglesias ponen una nota de poesía alegre y risueña.

Al pisar su suelo nos sentimos oprimidos, transportados a un pasado lejano que vivimos con realidad de presente. Su sabor místico nos acompaña y su silencio nos habla con lenguaje sublime.

Todo en ella es severo. Sus murallas, como obra de fortificación, no poseen similar en la época medieval española. Son una obra completa, maciza, de piedra granítica pintada de ese tiente oscuro producto de los siglos. Sus almenas vigilan con tenacidad de piedra el horizonte y el tiempo.

Es una obra tan perfecta hasta en los detalles que parece haber sido terminada cada hora que la miramos. Señorial en sus torres y monumento de grandeza en su conjunto.

EMPEZARON A CONSTRUIRSE EN 1090

Fueron las murallas empezadas a construir en mayo de 1090, y terminadas en 1099. En ese tiempo se irguieron soberbios muros formados por sillares, en los que trabajaron sarracenos, godos, romanos y hasta las membrudas gentes de Aicibeo, como nos cuenta la leyenda. Su perímetro es irregular, aunque tiene forma de cuadrilátero. Sus lados no son ni iguales ni paralelos. El más largo de todos, y que seguramente se tomó como base es el lado oriental por el menor declive que presenta. Las líneas que parten de este lado al Norte y al Sur son un poco convergentes, dominando sus respectivos valles, uno pequeño, otro el amplísimo valle de Ambes, por donde van las carreteras que coronan la sierra de Gredos.

TRABAJARON EN ELLAS 200 MOROS CAUTIVOS

En su construcción trabajaron mil doscientos obreros, moros cautivos doscientos de ellos, al frente de los hornos de cal y de las canteras de piedra granítica. Dirigieron las obras el romano Casandro y el francés Florin de Piterga, y numerosos maestros de geometría venidos de León y Vizcaya, pusieron su saber y su celo al servicio de la obra.

Así nacieron sus ochenta y ocho torres almenadas, que cada una es una fortaleza con forma sensiblemente ovoidal, y los lienzos que las unen, también terminados en almenas. Sus cimborrios están distribuídos treinta en el lado Norte, doce en el Oeste, veinticinco en el Sur y veintinueve en el Este. Tienen un perímetro total de tres mil veinticinco varas o nueve mil setenta y cinco pies.

Sus puertas guardan armonía con su severidad. Las del Mercado y San Vicente son de una esbeltez inigualada, así como la del Rastro nos muestra su solidez. El conjunto de sus nueve puertas recuerda la dominación sarracena y la reconquista cristiana.

ES EL UNICO EJEMPLO DE CATEDRAL FORTALEZA

Pero lo que sobresale poniendo su sello mayor de fortaleza en el ábside de la catedral. Sus dos filas de almenas le da carácter de inexpugnable. Es el único ejemplo que tenemos de catedral fortaleza. Su cimborrio es enorme, de piedra labrada.

Cuando nos introducimos en la puerta que le taladra para entrar en la catedral, sentimos un recogimiento en su silencio de caustro. Encima de la puerta se halla el escudo municipal y que representa, esculpido en piedra, un niño asomado a la muralla aclamado rey por los nobles de la ciudad que le rodean con el nombre de Alfonso VII, cuando Alfonso el Batallador fué en persona a reclamar la entrega del niño. Por esto se titula Avila del rey, de los caballeros, de los leales.

Dan las murallas a la perspectiva de Avila un matiz definido y característico. Sus torres parecen desafiar al tiempo.

Cuando por primera vez se visita Avila, deja en nosotros su recuerdo una huella ondeleble. Y al abandonarla y dirigir una mirada desde el último recodo del ferrocarril, su imagen se nos queda grabada y nos viene a la memoria aquel dicho tan abulense: «Tierra de cantos y de santos.»

PAJARES-PINDADO

Por falta de espacio no publicamos el Vocabulario tipográfico, que continuaremos dando a nuestros lectores en números sucesivos.

Seguro de Enfermedad

Con la institución por ley de 14 de diciembre de 1942 del Seguro de Enfermedad en España se da un avance considerable en orden a la implantación en en su día del llamado seguro integral, que abarcará, como su nombre indica, conjuntamente todos los riesgos que de la prestación del trabajo se derivan, englobando, pues, en el mismo el seguro de accidentes del trabajo, el de maternidad, el de vejez, invalidez, etcétera.

El padecimiento corporal para el que sólo cuenta con sus brazos o su inteligencia en la lucha por la vida no significa solamente la angustia física, sino casi siempre también, si no se ha tenido la previsión de ahorrar para los tiempos adversos, la angustia económica. El Estado nacionalsindicalista, decidida e inexorablemente, tenía que salir al paso de aquella lacra social. Un Estado en cuyo frontispicio figura la justicia social como símbolo y norma no podía permanecer inactivo en la cobertura de aquella necesidad social que de forma apremiante se dejaba sentir en las economías más modestas, y por consiguiente menos aptas para resistir los embates de la dificultad.

A remediar este estado tiende la ley recientemente restaurada. Extiende su campo de aplicación a los que trabajan por cuenta ajena y propia, a los trabajadores a domicilio e incluso a los servidores domésticos. Hay que tener en cuenta que hasta ahora sólo tenían la consideración de trabajadores propiamente dichos los que prestaban sus servicios por cuenta ajena, fuera de su domicilio y mediante una remuneración regular, extendiéndose la obligatoriedad de asegurar sólo a estos productores. La nueva ley se hace extensiva a los servidores domésticos, que si bien legalmente eran operarios por cuenta ajena, a tenor de la ley de Contrato de Trabajo de 1931, vigente en la actualidad, no obstante fué criterio continuo y constante de la legislación y jurisprudencia social no concederles este carácter. Otro punto curioso de la ley es el que hace referencia a la definición de productores económicamente débiles. ¿Qué límite de renta laboral habrá de señalarse para estar incluído en esta consideración? Creemos se seguirá el tradicional criterio jurídico de compararlo con lo que percibe un braccero medio de la localidad, o el que indican nuestras leyes rituarias para poder pleitear como pobre.

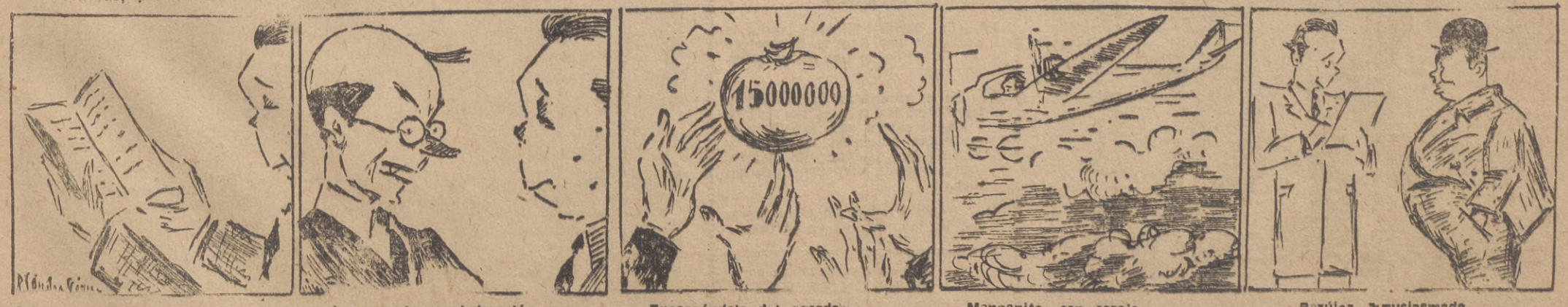
La prestación del seguro comprende la asistencia médica, farmacéutica, hospitalaria e indemnización por pérdidas de retribución en el trabajo, que será la del 50 por 100 del sueldo, con arreglo al cual se cotizaba en el seguro.

Finalmente se asigna al Instituto Nacional de Previsión el carácter de entidad pública aseguradora y a la Obra Sindical del Dieciocho de Julio la organización y prestación del servicio sanitario.—PEREZ JUSTE.

(Página confeccionada por RODRIGO)

MENGANITO BERULEZ, POZO DE CIENCIA

Viñetas, por R. SANCHEZ GOMEZ — Texto, por A. VILCHES GRADO



Con sus estudios profundos, Berúlez se aisla del mundo.

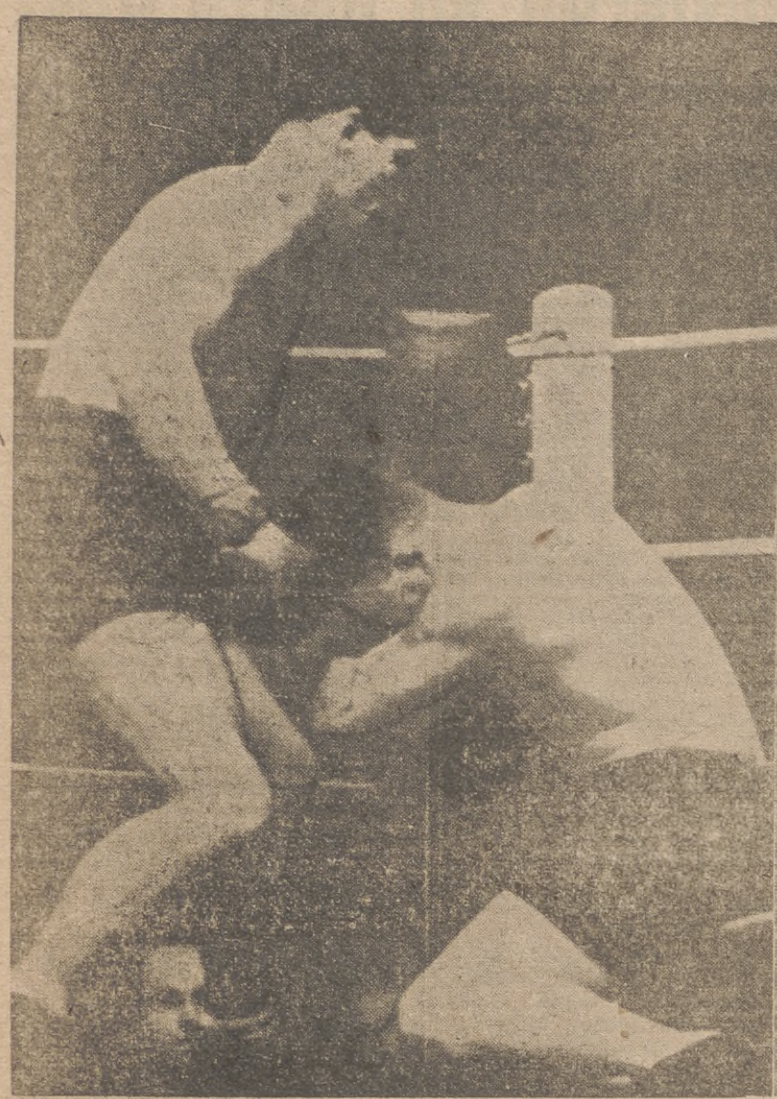
Le saca de su abstracción el jefe de Redacción.

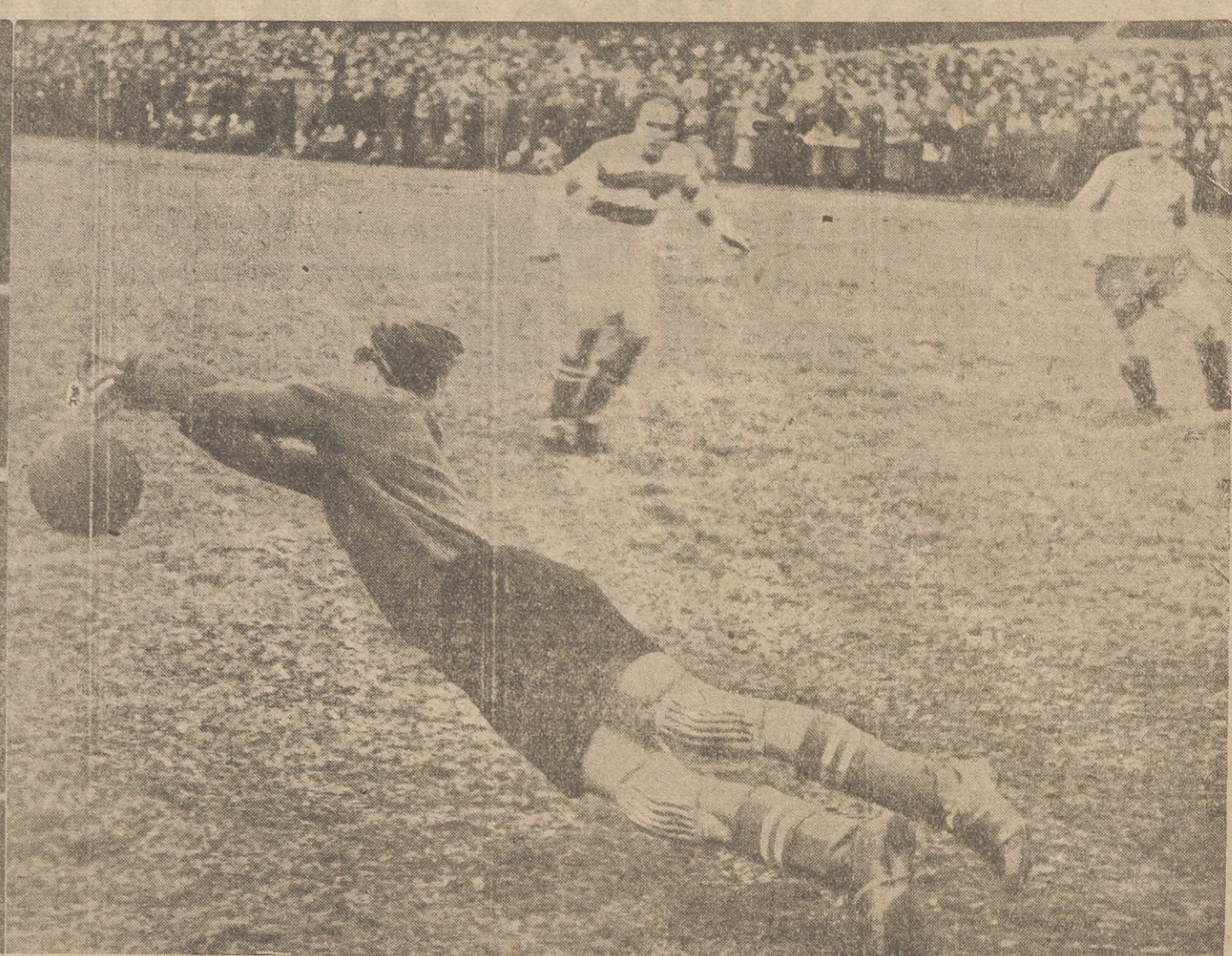
Encargándole del «gordo» un reportaje gracioso,

Menganito, con coraje, emprende un largo viaje.

Berúlez, entusiasmado, al «Gordito» ha entrevistado

ACTIVIDAD DEPORTIVA MUNDIAL





A pesar de las circunstancias de guerra, en Alemania se sigue manteniendo la actividad deportiva a gran ritmo.

En esta página ofrecemos a nuestros lectores varios momentos gráficos de esa actividad. De izquierda a derecha y de arriba a abajo:

I.—Campeonato de las Juventudes Hitlerianas en Breslau. Carrera de los 1.500 metros.

II.—Un momento de un partido de hockey femenino.

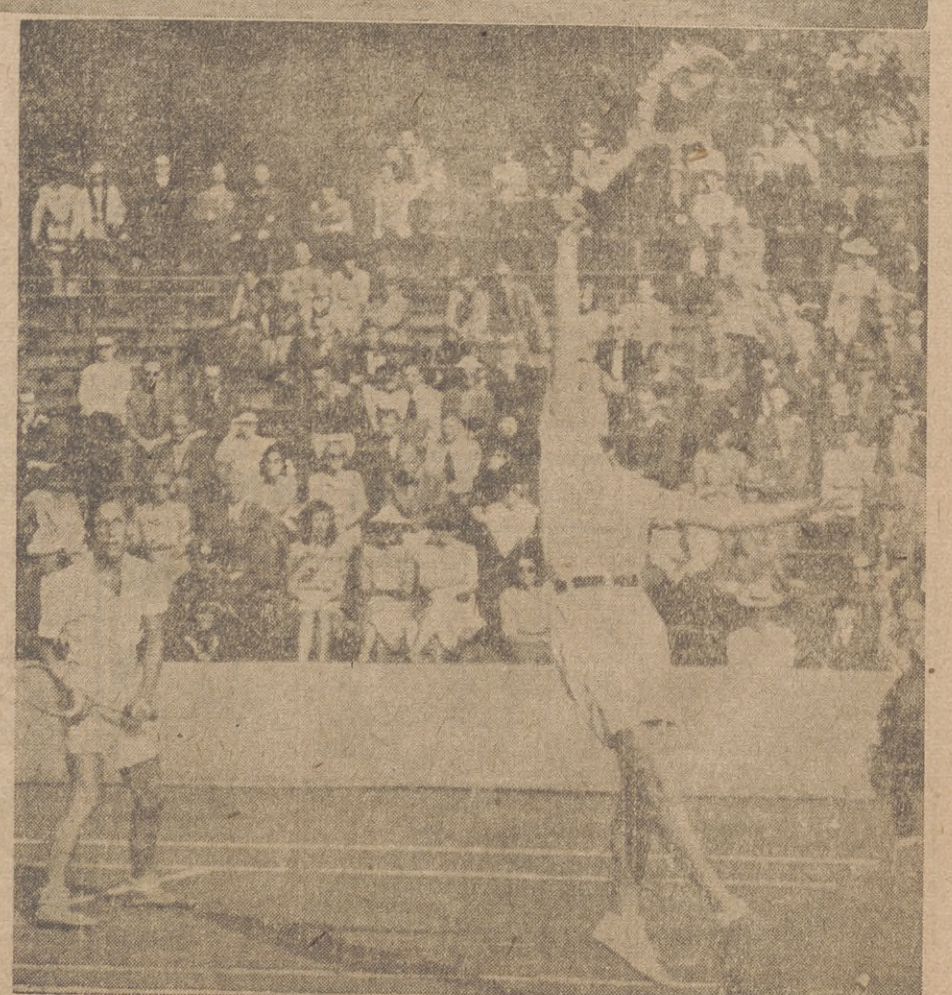
III.—Velada de boxeo Alemania-Holanda. El alemán Heinz Seidler vuelve a triunfar sobre el neerlandés Rinus de Boer, en Breslau, por gran margen de puntos. De Boer cae a tierra, alcanzado por un golpe del alemán.

IV.—En Berlín, Minerva vence a Tasmania por 3 a 1. El portero del Tasmania en una buena intervención.

V.—En el encuentro Zagreb-Berlín triunfaron los croatas por cuatro victorias contra una, gracias a la magnífica actuación de Mitic y Pallada, que aparecen en la fotografía durante el encuentro de dobles.

VI.—Balón a mano en pista cerrada. Un momento de un partido.

(Página confeccionada por DAROCA DE VAL)



LOS V. A. S. ANIMAN LOS VIAJES

Descubrimiento de una institución secreta en el recorrido de la línea Madrid-Murcia

Gracias a ella los viajeros pueden soportar el aburrimiento

Es una condición típicamente española la de protestar y renegar de todo y contra todo. Cualquier español a quien preguntéis tiene de los problemas que nos aquejan un criterio personalísimo, siempre favorable a sus intereses, con arreglo al cual cree que debe juzgarse «su caso».

Naturalmente, la R. E. N. F. E. no podía librarse de estos encarnizados ataques individuales, ataques exacerbados en la época actual por la escasez de medios de transporte y por la deficiencia de los combustibles, que nos obligan a efectuar viajes largos e incómodos. Viajes que en estas condiciones constituyen una magnífica cantera de donde extraer elementos para la crítica y la protesta.

Pues bien; yo, aun sabiendo que ha de caer sobre mí una lluvia de injurias y denuestos, me dispongo a romper una lanza en defensa de una magnífica institución secreta de las Compañías de Ferrocarriles: los V. A. S.

LOS V. A. S.

¿Verdad, lector amigo, que ignoras quiénes puedan ser estos señores? Pues yo te voy a desvelar el misterio; mas para ello es preciso que hagamos juntos un corto viaje.

Existen los V. A. S. de día y los V. A. S. de noche; pero como a mí me parecen de mayor utilidad los segundos, a ellos me referiré en esta narración.

Son las nueve de la noche. Estamos en la estación de Atocha y acabamos de ocupar en nuestro vagón el asiento que reservamos hace unos días. Hemos atravesado el pasillo con dificultad, pues entorpecía nuestro paso un crecido número de viajeros, que con sus respectivos y voluminosos equipajes lo ocupaban. ¡Y menos mal que hemos logrado llegar a nuestro sitio! Porque cuando, colocadas nuestras maletas, intentamos salir a comprar un periódico, nos encontramos bloqueados por una masa humana tan compacta, que nos preguntamos, asombrados, cómo hemos podido atravesar el pasillo hace unos minutos tan sólo.

En fin, ya no nos queda otro remedio que permanecer encerrados en nuestro departamento hasta el final del viaje. En su consecuencia, para hacer más amena la estancia, iniciamos con nuestros compañeros de viaje una conversación, que pretendemos sea animada. Pero los motivos sobre los que puede versar nuestra charla con unos señores desconocidos, punto de destino, motivo del viaje, etc., quedan agotados a los pocos minutos. Todavía no ha partido el tren y ya barruntamos el tedio.

SURGE EL V. A. S.

Por fin llega la hora de la salida y el viaje se inicia entre pitidos, gritos y resoplidos. Apenas abandonada la estación, pretendemos distraernos contemplando el paisaje, pero nos damos cuenta de que la oscuridad de la noche nos lo impide, y los cristales empañados completan su obra. Movernos tampoco podemos, pues nos lo impide la gente, y la conversación ha cesado, como ya hemos dicho, por falta de tema. En estas condiciones, sin poder hacer ni decir nada, pasan lentos los minutos y su lentitud empuja a los pobres viajeros a la desesperación. ¡Ah! Pero en este momento preciso empieza la actuación del V. A. S., que cual moderna Sherezade, nos ofrece, no un cuento por cada una de las mil noches, sino mil cuentos para pasar una noche.

El V. A. S. (Viajero animador secreto) es ese señor que ha permanecido en su asiento hermético y silencioso hasta este instante; sin duda recapacitaba sus narraciones. Por fin habla, y tras un breve preámbulo, inicia su charla amena, integrada por dichos, cuentos y anécdotas. Seleccionemos las más interesantes, para con ellas intentar esclarecer y desenmascarar su personalidad. Una de las características de los V. A. S. es la de no especificar nunca cuál es su profesión; en cambio, ellos mismos confiesan en sus historias, que viajan constantemente. Escuchemos una de las muchas, que con estas andanzas se relacionan.

¡Les deseo un feliz viaje, señores!

Viajaba yo hace años, dice el V. A. S., con un amigo en uno de aquellos correos nocturnos en los que no se sabía qué molestaba más, si su lentitud desesperante o la superabundancia de paradas. Era casi de madrugada, y el sueño, junto con el cansancio, nos tenía sumidos en una especie de eltargo que, aunque no llegaba a privarnos del conocimiento, resultaba bastante agradable.

Faltaban pocos segundos para que el tren abandonase la estación, enésima de la serie en que se había detenido, cuando un viajero entró presurosamente en nuestro departamento. Se dirigió rápidamente a las maletas con un cortés «¿Me permiten?», que fué contestado por nuestra parte con un rápido movimiento de pies y cuerpos para facilitar la labor de bajar las maletas al sonriente y amable viajero. Al fin, con las maletas en su poder, el viajero aquel inició la salida algo presurosamente; no nos extrañó. ¡Faltaba tan poco tiempo para que el tren reanudara su camino! No obstante, aún le quedó tiempo antes de bajar al andén para volverse a nosotros y decirnos con la sonrisa estereotipada en el rostro: «¡Feliz viaje, señores!»

Minutos más tarde, cuando todavía estábamos comentando la exquisita cortesía del viajero desconocido, [illegible] exclamó aterrado: «¡Mis maletas! ¡Ese ladrón me ha robado las maletas en mis propias narices! ¡Ahora me explico por qué se iba tan contento!»

Pero no es solamente el ferrocarril el medio de locomoción que utilizan los V. A. S.; también el mar es testigo de sus hazañas. Múltiples y variadas anécdotas lo demuestran. Y siempre sin que logremos enterarnos de dónde sacan el dinero preciso para sufragar los gastos inherentes a sus aficiones turísticas. ¿No es raro que los V. A. S. puedan satisfacer sin dinero este capricho continuamente, cuando los demás hemos de conformarnos con hacerlo de vez en cuando? ¡Un viaje por mar! Todos hemos deseado alguna vez verificar uno, aunque no fuera más que hasta Palma de Mallorca, como el que a continuación nos describe el V. A. S.

Una aventura amorosa sobre las olas

Cuando crucé la pasarela del buque que había de conducirme a Mallorca pensaba en las víctimas femeninas que todos mis amigos contaban haber causado en sus viajes por mar.

Pensando emularlos, para poder contar mi historia también, busqué ansiosamente entre las viajeras alguna digna de protagonizar conmigo el hecho. Hasta que al fin la encontré. Era una criatura preciosa: joven, enlutada (lo que me hizo presuponer su viudedad), rubia, esbelta, ojos verdes casi felinos...; en fin, de una belleza y elegancia tal, que llamaba poderosamente la atención de cuantos la miraban. Inmediatamente empecé a preparar mis posiciones: pregunté su nombre, el número de su camarote, y, finalmente, solicité y obtuve que asignaran a la hermosa viajera un puesto en la misma mesa que yo ocupaba en el comedor.

Cuando la campana anunció la hora de la comida, yo esperaba desde hacía algún tiempo, impaciente, su llegada. Fué vana mi espera. Cuando terminé de comer no había aparecido. Ya me dirigía desesperado al bar con intención de tomar café, cuando la vi dirigirse a nuestra mesa. Vuelvo a sentarme precipitadamente. Ya estamos frente a frente. Mi compañera come sin levantar los ojos del plato. Yo me esfuerzo por llamar su atención con movimientos, toses y otros ardides, sin conseguirlo. Al fin, viendo que no hay más remedio, me decido a dirigirle la palabra y le pregunto: «¿Va usted a Palma, señorita?» Levanta por fin los ojos, me mira asombrada y contesta: «Si no me tiro al mar, sí, señor; es el único puerto donde hace escala este barco.» Ríe, y su risa rompe el hielo. ¡Es mi triunfo inicial! Prescindo de contar los que siguieron, para terminar diciendo que conseguí ser citado aquella tarde, a las seis, en su camarote, el número 15, para merendar juntos. Me despido rebosante de júbilo y me encamino a mi camarote, con objeto de acicalarme. Es desesperante vestirse para una cita. Unos trajes me parecían claros; otros, cortos, y otros, demasiado serios. No había manera de hacer coincidir el dibujo y color de corbatas, camisas y calcetines. Cuando, por fin, tras muchos esfuerzos, consigo aunar todos estos elementos siento que mi cabeza vacila y que un extraño malestar me invade. Lo atribuyo al ajetreo anterior y doy comienzo a la tarea. Al empezar a afeitarme veo con sorpresa que el agua del lavabo oscila, primero lenta, luego rápidamente, y noto que mi molestar corre parejas con su movimiento. No obstante, y procurando distraerme silbando, termino de vestirme cuando el reloj marca las cinco y cuarto. Para matar el tiempo hasta que llegara la hora de la cita, se me ocurrió—¡nunca lo hubiera hecho!—mirar por el ojo de buey de mi camarote. El mar golpeaba en él furiosamente, y cuando no lo cubría, se alejaba hasta el punto que parecía volar. La sensación que aquel subir y bajar del buque me produjo exacerbó mi malestar de tal forma, que sentí temblar mis piernas hasta el punto de hacerme vacilar. A pesar de todo, reuniendo todas mis fuerzas, logré salir al pasillo, con la intención de acudir al número 15; pero... tres bandazos más del barco dieron con mis huesos en otro camarote que lucía por número en su puerta la unidad seguida de ceros. Y así terminó mi tan deseada aventura amorosa en un viaje por mar.

Y, finalmente, una tercera anécdota demostrativa del absoluto conocimiento que de la ruta que recorren tienen los V. A. S. Otra característica, quizá la más marcada de su misión. Es indudable que para conocer con exactitud todo lo referente a los lugares o paisajes de una región es preciso haberla recorrido no una, sino múltiples veces. Y si los V. A. S. son capaces de explicarnos detalladamente cuantos hechos han acaecido en los lugares que desde el ferrocarril se divisan, ¿Qué quiere esto decir? Volvamos a seleccionar entre las anécdotas de esta clase que el V. A. S. refiere, y escuchémosle en una breve.

Pasamos por Chinchilla, y de su penal, lugar de reclusión de los castigados por la justicia con la pena inmediata a la capital, dice:

Un veraneo aristocrático

Este castillo, ahora penal, fué en tiempo sede del marqués de Villena, y con este nombre lo conoce mucha gente aún. Pues bien: un recluso, aprovechando esta coincidencia, escribió a su novia, ausente, una carta concebida, poco más o menos, en estos términos: «... no podré ir a verte en algún tiempo. El marqués de Villena me ha honrado invitándome a pasar una temporada en su castillo, y no puedo desairarle. Escríbeme allí a partir del próximo mes de...»

Y, efectivamente, todas las semanas recibe una carta con estas señas: «Castillo del marqués de Villena. Chinchilla.»

Deducciones del encuentro con el V. A. S.

Vemos, pues, qué coinciden en la persona de ese señor que anima los viajes una serie de características: primera, nunca declara su profesión; segunda, viaja sin cesar, según él mismo confiesa; tercera, sabe (exactamente) las horas de llegada y salida del tren en cada estación, y cuarta, conoce cuantos dichos y leyendas existen de los lugares por donde pasa el ferrocarril. ¿Tiene algo de extraño que deduzcamos de todo esto que dichos señores, los que hemos llamado V. A. S., sean empleados secretos de la Compañía, con la finalidad de entretener a los viajeros? Yo creo que no. Y en este sentido me dirijo al animador para que aclare mis dudas. Al escuchar mi pregunta se levanta furibundo, se acerca a mí y me zarandea furiosamente.

Y los sueños, sueños son

A consecuencia del feroz zarandeo, abrí los ojos y observo con sorpresa que me encuentro en la estación de Murcia, punto final de mi viaje. Es mi familia quien, ante la insistencia y profundidad de mi sueño, me ha zarandeado para despertarme. El señor a quien yo, en mi sueño, he llamado animador permanece tranquila y pacíficamente en su asiento y no me ha agredido, como ya creí. Todo esto quiere decir que el «Viajero animador secreto» es un fruto de mi imaginación, que lo ha elaborado por su cuenta mientras yo dormía. Sin embargo, hay una cosa cierta: si el V. A. S. hubiera existido, yo no tendría en este momento un atroz dolor de cabeza y riñones, consecuencia de un largo sueño en una postura incómoda. ¿No sería una buena idea que la R. E. N. F. E. instituyera este servicio en bien del público?

Ahí queda la idea: en cada departamento, un V. A. S. — **A. Vilches Criado.**

EN LA CLASE.—Por Sánchez Gómez

El profesor.—A ver, Juanito, ¿qué es el mar?
Juanito.—Un charco muy grande a cuyo fondo van a parar todos los barcos de los aliados.

LAS TELAS CONFECCIONADAS EN LA ESCUELA DE ARTESANIA SON MAS PERFECTAS QUE LAS INDUSTRIALES

Exhumadas por técnicos y artistas las artes manuales recobran su antiguo rango

Estoy segura de que al contemplar en los escaparates madrileños esos pañuelos escoceses de limpios colores y suave tejido de lana, que es como una caricia para el cuello, ese «encanto» de vestido deportivo, en diagonal o espiga, o aquel turbante adorable que hace juego con el bolso, no habéis pensado un momento que esas prendas supremas en elegancia y calidad, son españolas, fabricadas en Madrid por camaradas nuestras, y aún más, tejidas en un telar manual.

¿Un telar manual? Os preguntaréis muy sorprendidas. Pero ¿es que en nuestros tiempos existe cosa semejante?

Algunas de vosotras tenéis una vaga idea de un artefacto arcaico que visteis en un pueblo remoto, o lo conocéis de oídas por un relato de la abuela; y otras, la mayor parte, no tenéis ni idea. En ambos casos es muy difícil asociar a esos «trapitos» tan modernos lo que para vosotras es un artilugio de otras épocas.

Si os interesa, dejaros guiar por mí, y os prometo sorpresas.

LA HERMANDAD TRABAJA Y CANTA

Calle de Recoletos. Un vestíbulo sencillo. Amplias salas luminosas; juveniles uniformes de la Hermandad de la Ciudad y el Campo y un plantel de chicas bonitas, que con las flechas rojas sobre el pecho trabajan sin descanso, cantando siempre.

Y aquí, formados como escuadristas, tenéis los telares que tanto os intrigaban. Son nietos de aquellos de que hablábamos hace un instante, conservan todas las características de sus abuelos; pero, técnicamente modernizados, han perdido volumen y accesorios inútiles, ganando en línea y simplificación de manejo, convirtiéndose en algo simpatiquísimo; y cuando se les coge cariño, hasta bonitos.

Por sus peines pasan las lanas multicolores para la fabricación de las telas que admiráis, y el rítmico sonar de sus batanes y lanzaderas acompaña las canciones de España que brotan al trabajar.

BORDADOS, MUÑECAS Y ENCAJES

Aunque, sin duda, esto es para vosotras lo más desconocido e interesante de la visita, aún encierra esta casa diversos talleres que por sí mismos son ya motivo justificado de admiración y detenido examen, aunque hoy pasen a un plano secundario.

Muñecas deliciosas que provocan deseos de ser nuevamente niña y soñar con los Reyes Magos, extraordinarios animalitos de piel a cuadros o flores, casitas de fieltro con un tejado rojo, igual que en los cuentos, bolsas de labor preciosas y un sinfín de cosas bonitas en los anaqueles y las largas mesas de trabajo, sembrados de brazos y piernas sueltas, se mezclan en confusión de colores, evocando el quimérico país de los juguetes.

Encajes sutiles y fastuosos. Y por último, bordados españoles, Segovia, Lagartera, Zamora y cuantas provincias puedan ofrecer belleza y solera en este arte, mostrarán a vuestros ojos soberbias piezas, fiel reproducción de dibujos milenarios que hoy, exhumados por los artistas y técnicos al servicio de la Obra Nacional de Artesanía de cerámicas populares o viejas prendas olvidadas en un arcón, recobran todo su rango y tradición artesana.

La Obra Nacional de Artesanía, en colaboración con la Hermandad de la Ciudad y el Campo, de la Sección Femenina, se impuso al crear estos talleres escuela la gran tarea de proporcionar a la mujer, tanto campesina como ciudadana, la preparación y medios necesarios para un trabajo remunerador que pueda elevar el nivel de vida de su familia sin apartarla del hogar.

LABOR ACTUAL DE LA OBRA NACIONAL DE ARTESANIA

Para llevar a efecto ampliamente estos proyectos se está desarrollando en la actualidad en dichos talleres escuela un ciclo de cursillos de capacitación para camaradas de provincias que permita en muy breve plazo extender esta organización a España entera.

La duración de cada cursillo es de tres meses, espacio de tiempo necesario para obtener el dominio de la materia, y durante ellos reciben, además de los conocimientos técnicos y teóricos del arte, lecciones y conferencias sobre Nacionalsindicalismo, Religión, Leyes sociales, Dibujo, Canciones regionales y otras asignaturas convenientes a la formación de la mujer, estando dichas lecciones encomendadas a camaradas de la Sección Femenina debidamente capacitadas para ello o a asesores oficiales, en materias delicadas, como Religión y técnica de cada trabajo.

En esta breve visita, que espero os habrá aclarado dudas y abierto nuevos horizontes, queda sintetizada una de las más completas y profundas obras de la Falange, puesto que sus resultados han de ser una doble labor educadora y social.—Carolina D'Antín.

A través de una mirilla

El viento parece traer hasta nosotros el tintineo de los cascabeles y el sonsonete de las zambombas. Las hogareñas fiestas de Navidad se acercan. Hay que marchar unos días junto al regazo de la familia. Un estrepitoso silbido, preludio de unas horas de viaje a lo largo de la meseta castellana. Poco después, envuelta en densa neblina, la silueta de la capital desaparece. Perezosa, mi retina se revuelca sobre el paisaje.

Perdió la campiña las galas con que dotárala el sol maravilloso de abril, aumentadas por la prodigalidad de mayo galán y las exuberancias de junio. Los pueblos que recorro cambiaron de aspecto y color.

El verde, tan verde, que la mirada hiere, hubo de ceder su lugar a un lánguido amarillo, tonalidad de oro viejo. Ahora el gélido soplo azota estas tierras de pan llevar. Ya no se oyen los cánticos en torno a la trilla, ni [illegible] el gayo verdor de los majuelos y fronda de los regatos.

El chopo, peculiar de estas tierras, aparece desnudo. Sus amarillentas hojas, arremolinadas por el viento, desaparecieron.

Pasó el fragor del verano, pasaron los risueños días de las funciones con su cortejo de dulzainas y charangas en diana alegre y [illegible]. El otoño de Castilla, estación sensual, de equilibrio y sazón, donde los sentidos gozan externamente halagados, marchó. La época de la caza y la vendimia, de las tardes jugosas, del viento alto, suave y orsado. De cielo azul. Nubes blancas. Fina blandura, templada, sin arder tonificante.

El tren cruza veloz los campos. Un aire frío, de cristal, se infiltra punzante por las hendiduras de las ventanillas. Aburrido, intento charlar con uno de los viajeros que junto a mí va. Hay una gravedad expresiva en su gesto que da aplomo a sus palabras. Son éstas siempre comedidas, las precisas. Observo este tono en todos cuantos me circundan. Son castellanos puros. Charlamos. Uno tras otro, multitud de pueblecillos quedan. Es aquí donde está la esencia de la raza, en estos rinconcillos provincianos. Ni la bonanza y buen tempero del otoño les enerva, ni el fuego estival les hiere, ni las inclemencias [illegible] con estos hombres. Saben que todo es pasajero frente a la eternidad del inmutable paisaje.

Abstraído, sin darme cuenta, unas casitas blancas, recostadas sobre un altozano, asoman. Una pequeña plazoleta. Jardinillos. Diseminados bajo la desnudez de esqueléticos arbolitos, numerosos bancos.

¿Dónde está la chiquillería que tantas veces vi corretear allí? Evoco mi infancia. ¿Dónde están los viejecitos en busca de las caricias del sol, sus compañeros inseparables? ¿Dónde las parejitas de enamorados [illegible] al oído?

Bajo el aldabonazo del tiempo crudo y triste, los bancos permanecen sin niños, sin enamorados, sin viejecitos.

Cuando abril vuelva, los novios estarán de nuevo allí conjugando el invariable verbo. Los niños retornarán. Pero ¿y los viejecitos? Triunfarán de la dura prueba invernal. [illegible] en la carpa del año. Pienso en [illegible]. Sumido en [illegible] de pensamientos, que sin darme cuenta [illegible] en mí, el viaje tornó a su fin. [illegible] mi imaginación turbulenta se despeja. Estoy ya en casa.

POLO

(Página confeccionada por SANCHEZ GOMEZ)

FIGURAS DEL CINE NACIONAL Y EXTRANJERO

Cinco actitudes de Florencia Bécquer, Ingrid Bergman, de la Metro, y Mary Cruz, de la pantalla nacional.

(Página confeccionada por PAZOS y D'ANTIN)